

Natavan FAIG

NADIE COMO ÉL

Por regla general, la vida de un genio es corta y trágica. Quizás sea la razón por la cual los genios, los cuales no son siempre apreciados durante su vida, sean tan generosos en su trabajo creativo y tengan tanta prisa en dejar los tesoros de su espíritu a sus descendientes. Vagif Mustafazadé no fue una excepción a esta regla...



Los recuerdos que hemos guardado de él están compuestos por sentimientos contradictorios, de orgullo y amargura. De orgullo por un compatriota, un músico excepcional, un compositor y un pianista experimental, cuyo nombre está fundamentalmente ligado a la nueva ola basada en el sistema modal azerbaiyano en la dirección de jazz. También de tristeza ... la noticia de su muerte sonó como un trueno! Vagif y su sonrisa tan particular, con un aire de culpabilidad, en su eterna chaqueta de cuero, el maestro del conjunto vocal «Sévil», cuya programación televisiva por las tardes tenía mucho éxito entre los baquenses en esa época, ha muerto!? Recuerdo todavía el artículo en uno de los principales periódicos que resonó y se propagó en todo el país. Se titulaba «Antes y después del certificado de fallecimiento». Empezaba con la publicación de una declaración de Vagif Mustafazadé pidiendo su admisión entre los miembros de la Unión de Compositores de la República. «La administración de la Unión de Compositores de Azerbaiyán se ha abstenido de incluir a Vagif Mustafazadé en su seno, como miembro pleno, porque no realizó estudios superiores...». Recuerdo también muy bien su sonrisa, cuando acompañaba su hija a la escuela, a mediados de los años 70. Deberíais haber visto como se despedía de ella, besándola, atándole con cuidado los cordones de sus zapatos, ajustando la horquilla de sus cabellos... Tras haberle dado un beso sonoro, se alejaba, dándose la vuelta sin parar para verla. Hasta el momento en el que llegaba a la puerta de la escuela para llamarla de repente preguntándose en voz alta: «No se te ha olvidado nada?», los ojos medio cerrados, como si fuese un estratagema disimulado. La chiquilla levantaba la cabeza para decir que no, luego corría hacia ella, y le daba otro beso. Entonces era solamente cuando se iba. No podemos decir que le faltara reconocimiento, porque se han escrito muchos textos sobre él, sobre el pianista y el importador de jazz en Azerbaiyán. Por ejemplo, este extracto de una de sus críticas fechadas en los años de sus conciertos como solista: «Gracias a una técnica impecable y a un registro artístico de altos vuelos, Vagif Mustafazadé ha transportado a los espectadores, como un mago, en el tiempo y en el espacio, tocando jazz, reuniendo todo lo que es romántico, repleto de lirismo sutil, como la música de Georges Gershwin, la insondable profundidad de la armonía de las «Siete Bellas» de Gara Garayev, a la forma urbana y visible de su composición «Hoy», inspirada de una obra de Thelonious Monk. En sus giras, Mustafazadé tenía confianza en sí mismo como maestro de la improvisación,



no perdía una fracción de segundo , entrelazando con cuidado referencias a las obras maestras clásicas del jazz, a la originalidad y la frescura de su propia expresión.» El encanto de su estilo ha provocado siempre tempestades de placer, petrificando de atención y asombro de salas enteras, por el virtuosismo que emanaba de él, el piano revelaba unas profundidades insospechadas de la fuerza de espíritu, la de su personalidad. Solamente él podía domar el frenesí de su arte, como un verdadero músico desbordante de talento, por su carácter inimitable, hecho de lirismo poético y de energía creadora explosiva. Una estrella del mundo del jazz... Lo era? Ciertamente, pero su celebridad no era como la de las de hoy en día , hechas de un espíritu que provoca escándalos y otras exageraciones para que el público le recuerde a toda costa. Vagif rechazaba todo aquello. Mientras que nosotros, sus admiradores, no hemos podido pasarnos de él. Seduciendo por su simplicidad sin pretensiones, un hombre de la fortaleza 'Icharí sheher' (Ciudad antigua), así se ha quedado presente en nuestra memoria, modesto y espiritual, alejado de las tentaciones de la gloria. Su originalidad asustaba a algunos. La gente mira con recelo todo lo que es poco habitual y

nuevo. Esto lleva a equívocos, a la hostilidad, a juicios precipitados, a veces al odio, a la maldad. El individualismo no valora el hecho que se puedan ver las cosas de una manera distinta. Y de la incompreensión a la intolerancia solo hay un paso. Él, Vagif , no fue autorizado a cruzar al territorio de la Unión de Compositores aunque hoy sus composiciones estén entre las más brillantes del universo de la música. «No cursó estudios superiores...» le respondieron. Como si se tratara de un novato entrando en el mundo de la música. En esta época, era ya autor de numerosas obras famosas, tanto en su propio país, como en Polonia, en Francia y en otros países donde eran interpretadas. Solamente la sociedad de grabación de la URSS «Melodía» publicó, cuando estaba vivo, diez discos de sus obras en los cuales se le puede escuchar. Algunas semanas antes de su muerte, su concierto para piano con orquesta fue presentado al gran jefe de orquesta azerbaiyano, Niyazi. Colaboraba también con el mundo teatral y componía música para documentales. Su obra titulada «Esperando a Aziza» recibió el primer premio en Mónaco en 1979 en el octavo Concurso Internacional de compositores de jazz. Ganando una tal distinción en un concurso tan represen-

tativo, Vagif era en aquel momento, el compositor número uno de la Unión y no formaba parte de ella. No, no era un novato en la música, lo que pasó es que no se le quiso buscar un sitio en esa época, en el repertorio de la Unión de compositores... Es solamente ahora que se habla de él como de un personaje clave en la vida cultural del pueblo, mientras que en su época no fue reconocido, se le reprochó sus «estudios incompletos»... Cruel fue el estancamiento engendrado por una élite endurecida y encerrada en sí misma, cuyo veredicto era la autoridad! Hoy en día, cosechamos el enfado justo de sus descendientes, los cuáles no quieren volver a su país. Han sido testigos directos de la inquisición ejercida por la Unión Soviética, y tienen ahora el derecho de sentirse ofendidos. Se marchan para no volver a vivir la experiencia amarga de sus padres y para escapar a los celos o a la envidia de las personas menos brillantes. Cómo no



pudieron fijarse en un talento tal, cuando es tan obvio! Nada es tan sencillo... sobre todo cuando tanta violencia ejercida por los dictados conservadores de la música se cebaban en él. Sus hijos se marchan, los hijos de los grandes hombres olvidados, empujados por el miedo al destino que la vida ha inscrito en sus genes. Es que se



acuerdan de la zona de exclusión en la cual el sistema los ha mantenido. Se acuerdan de la soledad absoluta, cósmica y helada. No creen en el arrepentimiento ni en las declaraciones conmovedoras «de los amigos del recuerdo» que elogiaban su grandeza y su inmortalidad cuando estaba vivo. Esos elogios parecen haber sido hoy únicamente espejismos auditivos. Arthur Koestler decía: «Cuanto más original es el invento, más es evidente, más tarda en darse a conocer. El ejemplo de Vagif Mustafazade lo confirma. En cierto modo, nos hemos acostumbrado a que existe un jazz azerbaiyano. Nos parece que ha existido desde siempre. No obstante, olvidamos completamente que en asunto de jazz, durante años, ningún artista que no fuera americano, podía imponerse haciendo algo nuevo. Resumiendo, los pioneros de este género constituían una élite bien instalada en un bastión inexpugnable. Gracias a la creatividad de Vagif Mustafazade existe un término de 'jazz azerbaiyano', el cual forma parte de los catálogos musicales.». Es a él, Vagif que el mundo debe este término. Es solamente un año más tarde, a gran escala, que nos hemos dado cuenta de su pérdida. Me acuerdo que la televisión republicana había elaborado una programación dedicada



al aniversario de su muerte. Está claro, conoció el éxito cuando estaba vivo. El éxito estaba presente en cada una de sus interpretaciones. Sorprendentemente, su popularidad se ha propagado rápidamente en la antigua Unión Soviética y por el extranjero. Sus improvisaciones, teñidas de acentos coloridos de melodías nacionales, vibraban en la radio y en la televisión, pero fue solamente tras su fallecimiento que nos apareció en toda su grandeza, confiriéndole a título póstumo un verdadero reconocimiento. Le empezaron a llamar «el fundador del jazz azerbaiyano», expresión incluso utilizada por los grandes maestros del jazz mundial. Posteriormente, tras una velada, se produjo una metamorfosis en las mentes cuando se presentó oficialmente «El artista emérito de la República de Azerbaiyán: Vagif Mustafazadé». De repente, se convirtió en un fenómeno de una importancia mundial. Tras lo cual, nuestros compatriotas aprendieron el verdadero valor de sus artistas contemporáneos. «Mustafazadé - un pianista de una clase a parte. Es difícil de encontrar equivalencias en el jazz, escribió el músico y crítico americano V. Conover: «Es el pianista más lírico que he escuchado». En cuanto a él, B. Johansson, originario de Suecia, decía: «Su música es sorprendentemente moderna y al mismo tiempo,





tiene ese soplo misterioso de antiguas melodías del Cáucaso, cantadas por los poetas de generaciones pasadas. Es como un cuento recitado por Shejerizade en las 1001 noches!». Fue un titán en materia artística a la vez que parecía absolutamente indefenso en la vida cotidiana. No era pragmático y simplemente se sentía impotente frente a los problemas los más elementales de la existencia. Su vulnerabilidad, las dificultades cotidianas, lo condujeron a la confortabilidad interior, buscando soluciones en su alma para ganarse su satánica vida... Una vida siempre llevada al límite de la tensión nerviosa está inevitablemente destinada al drama. Vagif murió en Tashkent, sobre un escenario, detrás de su piano, tocando «Esperando a Aziza» (Əzizəni gözləyərkən), canción de despedida dedicada a su hija. En Francia a veces se dice «que en materia artística, no es el resultado lo que cuenta, sino el acto creativo que está en el origen». En el tema del concierto de Tashkent, estas palabras son una evidencia. Para Vagif, el acto creativo se convirtió en un sacrificio haciendo del escenario un circo romano donde se practicaba una lucha entre la vida y la muerte... Hace ya casi un cuarto de siglo que no está entre nosotros. Es en 1979 que paró de batir el corazón de esta personalidad original y trágica. Ningún maestro ha mostrado el mismo virtuosismo en el campo de la improvisación musi-

cal, incluido el campo del mugham, para asegurarle una continuidad. Falleció en el auge de su talento, cuando había conseguido su más grande expresión. Tenía entonces casi cuarenta años ... Bakú ha sido siempre una ciudad particularmente receptiva a la cultura del jazz. Hoy en día, numerosos músicos practican este género ya ineludible. Entre ellos, hay verdaderos virtuosos, repletos de imaginación creadora. Pero pienso que no han tenido suerte, simplemente porque Vagif ha ofrecido tanto a la música, que incluso escuchando a los más talentosos, nos hace falta ese algo que únicamente puede ofrecer una personalidad particular y una autenticidad artística. Quizás porque el jazz no puede ser el fruto de un producto colectivo a la medida del hombre medio Vagif nos ha hecho escuchar un jazz excepcional, encendiéndose y quemándose hasta sus cenizas en el nombre de una sola expresión. Pero el estilo actual es distinto, y se distingue desde las primeras medidas. Y es que el saber hacer no hace la inspiración creadora. Su creatividad hacía de él a la vez un compositor, un arreglista, un interprete y un improvisador, pero su principal mérito es el haber creado una imagen: la de un jazzman azerbaiyano! Esos años han pasado y cada vez que paso cerca de la escuela de música Bulbul donde estudié, veo su presencia milagrosa, tal una aparición delante de mis ojos «Vagif con prisas a la escuela en segunda clase con su hijita, y algunos instantes más tarde, con su sonrisa, preguntándole: «no has olvidado nada?»»

